

ILIANA XANDER

CON
AMOR,
MAMÁ

¿QUIERES SABER UN SECRETO?

 Planeta

ILIANA XANDER

CON AMOR, MAMÁ

Traducción de Julia Osuna

 Planeta

MACKENZIE

Seguramente no volváis a ver otro funeral como este, uno sin una sola lágrima derramada.

El funeral de mi madre es la función más rimbombante del año, o puede que de toda su vida.

La muchedumbre de seguidores a las puertas del tanatorio de Saint John no lo sabe. Creen que esta numerosa concentración es natural, no tienen ni idea del dinero que se ha invertido en publicidad, en *influencers*, en columnas de cotilleos o en *booktubers*.

Desde que mamá ha muerto, sus novelas han vuelto al número uno de las listas de más vendidos.

«¡Mira, mamá! Incluso muerta, todo el mundo sigue sacando tajada».

Los titulares de la prensa han sido una locura toda esta semana, venga a proponer todo tipo de teorías disparatadas.

A. Z. GANVEN MUERE DE FORMA TRÁGICA
EN LA CÚSPIDE DE SU CARRERA.
ACCIDENTE O...

Esa es la razón por la que ha venido el tipo que se encuentra al fondo de la sala. De mediana edad, con un gracioso bigotito, vestido con traje y corbata.

—Este acto es privado. Haga el favor de irse —le dice en un susurro tajante mi abuela, que, en cuanto se aleja del hombre, borra la sonrisa.

No hay que ser la más observadora del mundo para ver que lleva una pistolera bajo el traje de chaqueta: es inspector de policía. Vino a casa hace dos días. Le abrí yo la puerta y se puso a preguntarme por mi madre, hasta que la abuela apareció y se abalanzó sobre nosotros como una gallina furiosa.

—Mackenzie, déjanos solos, por favor —me ordenó al tiempo que se interponía entre el policía y yo; luego, cuando doblaba ya la esquina del pasillo, la oí decirle al tipo en tono cortante—: Debería darle vergüenza... Interrogar a una cría que acaba de perder a su madre.

Ahora el hombre se ve obligado a irse una vez más.

Tanto la prensa como los blogueros llevan días sugiriendo todo tipo de teorías disparatadas sobre la muerte de mi madre. Según los investigadores del caso, la verdad es mucho más banal: mi madre resbaló, se cayó y se abrió la cabeza con una piedra mientras estaba dando su paseo diario por el bosque que hay al lado de casa.

«Muerte accidental», lo han llamado. Casualmente, los libros más vendidos de mi madre están llenos de muertes accidentales y otros percances.

No me malinterpretéis, seguro que hay gente que está muy afectada.

Como la arpía esa de Laima Roth, aquella que está allí hablando con el editor como si esto fuera una reunión de

trabajo normal y corriente. Afectadísima, claro, después de veinte años siendo la agente de mi madre: ya puede ir olvidándose de los futuros lanzamientos que tenía pensados. Aunque no me cabe duda de que sabrá seguir exprimiendo el asunto con ediciones especiales, bordes en pan de oro, cofres y lo que se les ocurra. Esta empresa nunca se agotará.

A mamá la incineramos hace unos días en un acto íntimo al que solo asistieron una docena de personas o así. Allí tampoco hubo lágrimas.

Este funeral es puro márquetin. Para los «amigos», han dicho, para que puedan presentarle sus respetos. El respeto era algo que mi madre valoraba mucho, pero ¿los amigos? No tengo claro que tuviera alguno de verdad, aunque por los discursos floridos que llevan dando en las últimas dos horas cualquiera diría que era la mismísima Shakespeare.

Las calles de alrededor están plagadas de gente, mientras que en el salón del homenaje reina un silencio algo inquietante, con susurros que retumban contra las paredes.

A un lado de la sala han colocado ampliada la típica foto de libro de mi madre, con una blusa de encaje de cuello alto y unas rosas rojas de fondo. «A. Z. Ganven», reza debajo. El fotógrafo, un cuarentón con pinta rara que ha contratado la editorial, está sacando fotos desde todos los ángulos posibles. Del editor, las agentes, mi padre. Me ha pedido que pose yo también, pero me he negado.

«Que les den a todos».

Al otro lado del pasillo hay una fotografía de mamá en su estudio. Va supermaquillada y recién salida de la pelu-

quería, pero tiene un aspecto soñador, sentada ante una estantería de libros. Su nombre real, Elizabeth Casper, aparece bajo el retrato desenfadado. Esta versión es para otras fuentes, como el periódico local, la iglesia a la que va la abuela y las organizaciones benéficas a las que mi madre hacía donaciones.

Yo prefiero quedarme al fondo de la sala, lejos de los focos, cerca del abuelo, que siempre ha pasado de mi madre. Y de mis pintas, ya puestos.

A la abuela sí que le importan. Antes, en casa, me ha pedido que esta vez no me pusiera el pintalabios negro y el delineador grueso que siempre utilizo.

—Y ponte algo apropiado.

Yo casi siempre voy de negro. Lo que, casualmente, es de lo más apropiado para un funeral. Igual que el delineador y el pintalabios negros con los que me he maquillado de todos modos.

La abuela, por supuesto, va vestida de Dior y engalanada con joyas caras. Se asegura de hablar con todos los asistentes.

Mi padre va vestido con un traje negro que le queda perfecto y está bastante elegante. Tiene algo de mala cara, pero seguramente sea por la falta de alcohol. Mis abuelos viven a solo cuatro horas, pero llevan en casa desde que murió mi madre. La abuela lo tiene controlado para que no empine el codo demasiado temprano. Con mi madre fuera de la película, ella se enorgullece de haber tomado las riendas de la casa.

¿Y yo? Me gustaría llorar, de verdad que sí, pero todavía no me ha calado lo ocurrido. Quiero sentirlo, pero siempre tuve la sensación de que mi madre pasaba de mí.

En los últimos años lo viví con mucha amargura y nos fuimos distanciando.

Mi mejor amigo, E. J., dice que lo mío es duelo retardado, pero quizá solo soy una desalmada. Le pedí que no viniera porque no quería que mi mejor amigo viese lo neurótica que lleva siendo mi vida desde, en fin..., prácticamente desde que tengo uso de razón.

Lo veré luego en casa, donde esta noche daremos una fiestecita con cáterin para nuestro «círculo más íntimo». Yo estoy convencida de que será una fiesta, por mucho que hayan dicho que será una «celebración de la vida».

Miro a mi alrededor y tuerzo la cara cuando veo que una silueta conocida se acerca a mi padre y le estrecha la mano. Es el rector de la universidad a la que voy. Aparto la vista y miro al techo con hastío. Mamá se codeaba con él. «Lo hago por tu futuro», me dijo una vez. Incluso dio una clase magistral en mi universidad y, por supuesto, donó un dinero. No me extrañaría que le pusieran un monumento o algo por el estilo.

También está la terapeuta de mi madre. Dos de sus editoras. Sus tres ayudantes. El abogado de la familia. La mayoría de sus «amigos» eran simplemente gente con la que tenía una relación de trabajo estrecha.

Quiero llorar, de verdad que sí, pero no lo consigo. En esta última semana desde el accidente, que he pasado en casa de mis padres en vez de en mi piso de la ciudad, no he parado de pensar en ella, en la relación que teníamos en nuestra pequeña familia neurótica. Me da pena, pero supongo que no es la pena abrumadora que debería estar sintiendo.

Veo que mi padre mira el móvil y se aleja precipitada-

mente del bullicio para dirigirse a la puerta, donde reparo en un hombre con gorra que se da media vuelta y se aleja. Mi padre lo sigue.

Sería un gran momento para decirle a mi padre que me duele la cabeza y que creo que me va a dar una crisis nerviosa —todo mentira, por supuesto— y que tengo que irme. Bullo de emociones por dentro, pero no logro distinguirlas. Lo que quiero más que nada es estar lejos de esta gente.

Salgo al vestíbulo vacío que conecta con otro pasillo pequeño y veo allí a mi padre hablando con el desconocido, al fondo del todo.

Empiezo a acercarme y voy cada vez más lenta cuando oigo en un susurro:

—Eres escoria.

¿Cómo?

Me pego a la pared, tras la puerta, donde ellos no me ven pero yo los oigo perfectamente.

—Aquí no —sisea mi padre—. ¿Cómo te atreves?

—¿Que cómo me atrevo? Tengo todo el derecho a estar aquí.

—Lárgate. Pero ya.

El hombre suelta una risa socarrona por lo bajo.

—¿Sospecha algo?

—¿Quién?

—Mackenzie.

El corazón me da un respingo al oír mi nombre.

—A mi hija ni la nombres.

—Ah, entonces ¿ella no sabe nada? Bien jugado, Benny. ¿Benny? ¿Mi padre? Nadie lo llama así...

—Te he dicho que te largues —insiste más desesperado mi padre—. Vete y... ya está. Ya hablaremos más adelante.

Me acerco más a la puerta para escrutar al otro lado, pero el parqué macizo que hay bajo la moqueta cruje, cruje con ganas.

«Maldita sea».

Me quedo inmóvil como un ciervo ante los faros de un coche. Oigo pisadas amortiguadas, mi padre, que se acerca a la puerta. En cuanto me ve, pone cara alarmada.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunto, y miro al otro lado de la puerta, pero el hombre misterioso ha desaparecido.

Mi padre se enjuga la cara con ambas manos.

—No es nada.

—¿Estabas discutiendo con él?

—No, bonita, solo estábamos hablando. —Mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y la saca con una petaca.

—¿Conoces a ese hombre?

Mi padre da un trago nervioso y luego suelta el aire lentamente.

—No lo había visto en mi vida.

Menuda mentira.

Se guarda la petaca de nuevo en la chaqueta y luego me guiña un ojo y me pregunta:

—¿Tú estás bien?

—No soporto estar aquí. Esa gente... —No termino la frase, pero, con cara de hastío, miro hacia el salón.

—Ya lo sé, lo sé. —Mi padre cierra los ojos y se pellizca el arco de la nariz.

—Y tú, ¿estás bien? —le pregunto.

Mis padres no es que fueran precisamente la pareja ideal. Sobre todo en los últimos tiempos. Se peleaban más

que nunca, y eso era solo lo que yo veía los fines de semana que iba a su casa, porque llevo dos años viviendo de alquiler en un pequeño estudio en la ciudad, que me pilla más cerca de la universidad.

Mi padre inspira con fuerza, suelta el aire resoplando y luego logra esbozar una sonrisa falsa.

—Sí, bonita. —Me da una palmadita en la espalda—. Todo saldrá bien. Si quieres irte, vete tranquilamente.

—Te veo en casa —le digo, y me alejo por el pasillo que lleva a la salida de atrás.

El numerito más espectacular vendrá fuera, en cuanto salgan todos del edificio. Son los fans de todos los rincones del país los que de verdad están afectados por su muerte. La editorial ha mandado a alguien del gabinete de comunicación para dirigir el evento. Sí, lo llaman «evento». Han contratado a un grupo de actores para que provoquen caos y confusión, griten obscenidades y profanen fotografías de mi madre mientras proclaman que A. Z. Ganven es el demonio. Porque, como ya se sabe, no hay publicidad mala. Lo sé porque me han informado de antemano. Justo después de firmar un contrato de confidencialidad. Esta farsa conjurada en secreto por el gabinete de comunicación está pensada para que las ventas de sus libros se disparen.

Por supuesto, yo no pienso aparecer por ahí; no quiero verme ante una manada de paparazzi y fans enloquecidos.

Exhalo aliviada cuando salgo por la puerta trasera del edificio y, tras asegurarme de que no hay nadie en el aparcamiento, voy hasta mi coche.

Me suena el teléfono.

—Menos mal —digo nada más cogerlo—. Me estoy largando ya.

—Tranqui, Mordicia, ya casi ha acabado todo. —La voz tranquilizadora de E. J. es como un bálsamo para mi alma.

—Vas a venir a casa de mis padres, ¿verdad?

—Ya voy de camino. Lo mismo llego antes que tú.

—Ten cuidado con los paparazzi delante de la verja principal, ¿vale? —Pulso el botón para abrir el coche y abro la puerta—. Seguro que habrá... Un momento. —Hay un sobre en el asiento del conductor; arrugo el gesto, confundida, y lo cojo—. Espera, E. J. —Pongo a mi amigo en altavoz, me siento y estudio el sobre—. ¿Qué leches es...?

—¿Estás bien? —me pregunta.

—No lo sé —digo con el corazón desbocado mientras leo lo que pone en el sobre.

De tu fan número 1. ♡

En los círculos literarios, la fama llega en forma de buenas críticas, correo de fans, acosadores y, de vez en cuando, algún frasquito de orina o una prenda íntima manchada de sangre. Sí, hay gente muy loca suelta por ahí. Y no entraré en cosas más macabras, que de eso también hay para rato...

Nerviosa, miro por las ventanillas del coche. El aparcamiento está lleno, pero no se ve a nadie.

—Kenz, ¿qué pasa? —me pregunta por el altavoz E. J., preocupado.

—Correo de fans —respondo devolviendo la atención al sobre.

—¿Alguna cosa loca?

—Lo loco es que esté dentro de mi coche.

—¿Se te habrá olvidado cerrarlo?

—Qué va, tío, tan tonta no soy. Espero que no sea rici-
na ni nada parecido. Debería tirarlo y ya está.

—¡Ábrelo! A lo mejor tiene gracia.

A E. J. siempre le emocionan las historias de fans de mi madre.

—Vale, venga. —Rasgo el sobre para abrirlo.

Separo los bordes cuidadosamente con las puntas de mis negras uñas y miro el interior. Con los fans hay que andarse con mucho cuidado. Cosas más raras se han visto. La gente le manda todo tipo de objetos a mi madre. Cartas de amor, de amenaza, sus propios libros manuscritos, juguetes, galletas, mechones de pelo. Un bote de orina... Eso dio bastante asco. Hubo un tipo que le mandó un montaje con una foto de él y ella juntos y semen por encima.

—Venga, suéltalo. ¿Qué es? —pregunta con impaciencia E. J.

—Se ven unas hojas dentro. Seguramente sean cartas lacrimógenas de alguien.

—Léelas.

A E. J. le encantan todas estas cosas raras. Terminó la carrera en mi misma universidad hace un año y ya está trabajando por su cuenta de informático para varias empresas. Ahora es posible que sea un programador brillante que con veintitrés años se saca más pasta programando movidas que el adulto medio. Pero cuando yo lo conocí, hace ya varios años, era el típico friqui. Me contó que había tenido que repetir el segundo curso del instituto porque no había ido a clase y se había pasado el año en su casa con el ordenador. Sigue siendo un friqui, lo que pasa es que encontró un grupito de gente muy parecida. A veces, eso lo es todo en la vida.

Saco los papeles del sobre y los desdoble.

La carta está escrita a mano y consiste en tres hojas con un lado irregular, como si las hubieran arrancado de un cuaderno.

—¡Venga! —me insiste E. J.

—Tranquilo, hombre. La paciencia es la madre de la ciencia, ya lo sabes.

En la primera página solo hay un par de líneas escritas, que leo en voz alta:

¿Quieres saber un secreto?

Con amor, mamá.

—Pero ¿qué...? —digo indignada, aunque luego miro la segunda hoja y se me pone el vello de punta.

En el papel veo nombres que conozco, una fecha de hace veintidós años en la esquina superior izquierda. Ubicación: Old Bow (Nebraska).

Si es una broma de mal gusto, desde luego quien sea se lo ha currado bastante, porque conozco ese pueblo: es donde mis padres fueron a la facultad, hace más de veinte años.

—Mordicia, ¿estás ahí? —pregunta E. J.

—Oye, te llamo ahora.

—¿Va todo bien?

—Sí, luego te llamo.

—Más te vale.

Durante los siguientes cinco minutos no me muevo. Leo las tres hojas que contiene el sobre y siento un pellizco en la barriga. Las releo y las vuelvo una y otra vez para asegurarme de que no se me escapa nada.

No sé mucho sobre el pasado de mis padres, pero algo los conozco. La historia de esas hojas parece personal, íntima. Mi madre nunca se molestó en contarme gran cosa. ¿Para qué iba a hacerlo ahora?

«Es complejo», recuerdo que me decía.

Conociendo sus novelas, yo diría que más bien retorcido. Los críticos decían de ella que tenía una imaginación «fascinante». Yo más bien la calificaría de imaginación de pirada total, claramente inspirada en su pasado. ¿Y qué progenitor le habla a su hija de su pasado retorcido?

En lo primero en lo que pienso es en meter las hojas en un baúl gigante lleno de cosas similares que le han escrito a mi madre durante sus veinte años de carrera como escritora. Guarda un baúl en el estudio de casa, un mueble antiguo, gótico, del tamaño de un ataúd, consagrado a las misivas de sus seguidores.

Pero me pica la curiosidad: ¿y si esta carta fuera realmente de mi madre?

Hay algo que puedo hacer para comprobar si es auténtica. Arranco y pongo rumbo a casa de mis padres.

Viven a una hora en coche de la ciudad. Por eso insistí en mudarme mientras me sacaba la carrera, ya que además mi madre no me dejó estudiar en otro estado. Mudándome a la ciudad por lo menos gané algo de libertad.

Voy a ver a mis padres a menudo, cada dos fines de semana. Pero ahora, desde que murió mi madre, me he estado quedando allí. Por supuesto, la idea fue de mi abuela, para que «nos unamos en la tragedia», en sus propias palabras. Aunque estoy convencida de que no ha sido una tragedia para nadie.

Una hora después enfilo el camino privado que lleva hasta la finca de mis padres. Es una casa de setecientos metros cuadrados en un terreno de dos hectáreas, con residencia de invitados, piscina y un estanque natural, todo ello al lado de un lago rodeado de bosque.

Un guarda de seguridad, al que ha contratado el gabinete de comunicación, me hace una seña para que pase. Pero debería haberme imaginado que con uno no era suficiente, porque cien metros después ahí los tengo, varios hombres surgiendo de entre el espesor con cámaras, sacándome fotos a medida que me acerco a la verja principal.

—Mackenzie, ¿crees que la muerte de tu madre fue un accidente?

—Mackenzie, ¿terminarás tú la novela que estaba escribiendo?

—¡Señorita Casper!

—¡Esto es allanamiento de morada! —les grito por la ventanilla.

Pero ya lo saben y les da igual. Al menos, cuando las verjas de forja se abren lentamente y las traspaso con el coche, no se atreven a seguirme.

Un minuto después estoy entrando en la casa.

Un aroma dulzón y empalagoso me abofetea la cara: cientos de flores enviadas por amigos, compañeros del gremio y seguidores. La casa está llena de personal de la empresa de catering, inmerso en los preparativos de la recepción de esta noche.

Voy directa al estudio de mi madre, con el sobre en la mano.

El estudio está cerrado. Mamá era la única que tenía llave, o eso creía ella. Solo se podía entrar cuando estaba ella dentro. Pero yo sé que mi padre tiene una copia porque lo pillé colándose dentro hace unos meses. Mi madre no se enteró, y que ocurriera algo así puede dar una idea de la relación tan chungueta que tenían.

Pero ahora debo entrar en ese estudio como sea.

Voy hasta una pequeña máscara indígena que hay colgada en el baño de invitados y hundo la mano en la melena de pelo falso que tiene. La llave del estudio está en la base blanda y gomosa del cráneo.

—Bingo —murmuro.

Mi padre sigue guardándola allí y es un alivio. Me precipito hacia el fondo del pasillo y abro el estudio de mamá, para nada más entrar cerrar a mis espaldas.

Nunca había estado aquí sola, únicamente he entrado estando ella. Si tenía curiosidad por esta habitación es porque siempre la cerraba con llave. Era su refugio para escribir, decía. Pero eso se acabó.

Estoy esperando que me golpee la pena de repente, que se abalance sobre mí aquí, y no en otra parte, pero no veo que llegue. Ni una lágrima. Ni siquiera tristeza, la verdad, tan solo amargura.

Mi madre y yo nunca estuvimos muy unidas. Me han dicho que contrató un pequeño fondo fiduciario a mi nombre con el que pagarme todo lo que quisiera estudiar, pero ya está, nada más. Nada en la herencia, es todo para mi padre. Me gustaría ser una hipócrita y decir que no queremos a nuestros padres por su dinero, pero mi madre ganó millones y no me ha dejado ni un penique aparte del fondo para la universidad. Mentiría si dijera que esto no me cabrea o, cuando menos, me toca la moral. Así que sí, no era muy fan de mi propia madre. ¿Quería darme una lección? A la mierda. Me las arreglaré por mi cuenta.

Ahora mismo lo que quiero es saber a qué viene esta carta anónima. A lo mejor es la lección, que todavía está por llegar. Si esta novatada resulta no ser tal cosa, sino una car-

ta de despedida de mi madre, ya investigaré más concienzudamente otro día.

Lo único que quiero comprobar ahora es un pequeño marco que hay encima del escritorio de caoba gigante. Para mi madre ese marco era —un momento, redoble de tambor, por favor— un recordatorio de todo lo que había conseguido. Ya le vale. Típica palmadita en la espalda. Tras el cristal está la primera página del manuscrito original de *Mentiras, mentiras y venganza*, su primera novela y el superventas de fama mundial que vendió millones de ejemplares y dio a conocer a A. Z. Ganven.

Seguramente esta primera página podría venderse por miles de dólares hoy en día. Está manuscrita en la vieja página de un cuaderno que mi madre utilizaba de joven. Sí, la página es así de antigua, puede tener unos treinta años. Ella empezó a escribir su superventas a los dieciséis. Eso es talento y lo demás son tonterías.

Pero necesito esta pequeña reliquia para compararla con las hojas que he recibido del fan anónimo.

Me siento en lo alto de la mesa —mamá me habría matado—, doblo el soporte del marco para apoyarlo ante mí, aliso luego las hojas del sobre y me pongo a compararlas.

Evidentemente, yo no soy grafóloga ni experta forense, pero me acerco mucho a ambas muestras y las inspecciono letra por letra: el palito superior de las I mayúsculas, que es ondulado; la B, de Ben, el nombre de mi padre, que se riza por abajo; las comas, las comillas, la forma de subrayar palabras, con dos líneas, tanto en la carta como en la primera página enmarcada, justo por debajo de «Prólogo».

A los cinco minutos me duele el cuello de mirar abajo y me escuecen los ojos de entornarlos, mientras una sensa-

ción de inquietud se me forma en la boca del estómago. La caligrafía de ambas, la página enmarcada y la carta, es idéntica.

—Ajá —musito para mí.

Aun así, no demuestra que la carta provenga de mi madre.

Pero eso no es lo que me despierta la curiosidad.

Es lo que ha escrito al final:

Este secreto será ahora tuyo.